

Suscripción para España
Caja de 30 ejemplares: 2'10.
Trimestre: 1'60 ptas.
Número suelto, 10 céntimos

REDENCION

Redacción y Administración:
SAN VICENTE, 14
No se devuelven los originales
D. los firmados serán
responsables sus autores

POR LOS FUEROS DE LA VERDAD Y LA JUSTICIA

A las conciencias honradas.- A los hombres capaces de pensar.- A los trabajadores

A modo de preámbulo

En estas circunstancias por que atravie-
balencia nos impone el deber mo-
Ineludible de tomar la palabra.
nosotros vamos a cumplirlo, sin
plamos ni términos medios.
amos a fijar concretamente, y
una vez para todas, nuestra posi-
frente al terrorismo.
o hemos hecho ya repetidamen-
antes de ahora, pero no con la
dad que queremos hacerlo hoy.
entimos la necesidad imperiosa,
plazable, de que cese el equívoco
enferece el ambiente, hace an-
llo y odioso lo que tiene un
do inconfundible de generosidad
e nobleza y desorienta a la opi-
n. Tenemos que defender nues-
Ideas, tenemos que defender a
organizaciones obreras, tenemos
defendernos nosotros mismos
tra acusaciones caprichosas, con-
calumnias infamantes, contra im-
perios soeces, contra arteros con-
tábulos.

Una parte de la Prensa, aquella
está siempre dispuesta a pedir
más duras sanciones para los que
meten el delito de pensar en alta
y tienen la audacia de fijar su
rada en el mañana de los destinos
manos, dando prueba de una es-
tosos indignancia moral e intelect-
al, ausente en absoluto de sus juí-
os el sentido de la justicia, arras-
ada por el furioso torbellino de los
conceptos dominantes, juguete,
fin, de las pasiones morbosas que
lán en auge ahora, nos juzga sin
nocernos. Desencadena contra
nosotros un ciclón de vileza y trata
de marcarnos con el estigma afren-
oso, sin tomarse la molestia de in-
dirir si tienen, en realidad, algún
fundamento las imputaciones que
nos hace.

Esto ha dado lugar a que se for-
ara a nuestro alrededor una burda
yenda, que es preciso y es urgen-
de destruir.

Los hombres de principios, los
ombres de responsabilidad, ante
fertos acontecimientos, es preciso
ue tengan el valor cívico de pronun-
arse, de emitir sus juicios, de pro-
lamar a los cuatro vientos sus opi-
ones, sincera y honradamente, en
alta voz, de una manera categórica
y rotunda, cueste lo que cueste.

Somos, por lo menos, tan nobles,
tan dignos, tan honrados como el
que más—ahí esta nuestra vida pú-
blica y privada, que todos pueden
examinar, para demostrarlo de una
manera palpable y fehaciente—, y
no estamos dispuestos a consentir
por más tiempo que individuos de
dudosa rectitud, de independencia
hipotecada, de menguada solvencia
moral, como nuestros detractores,
traten de hundirnos en el descrédito,
en la ignominia y en la vergüenza.

Nosotros podemos levantar la fren-
te con altivez, con orgullo, con alta-
ría, y mirar a todo el mundo cara

a cara. No hay en nuestra actuación
ni un detalle, ni uno solo, de que
teníamos que avergonzarnos o arre-
pentirnos.

Si los que se ocupan de nosotros
no lo hicieran dominados por un
odio incomprensible, que solo puede
fundarse en la ignorancia más sup-
ina de lo que somos y de lo que re-
presentamos; si fueran capaces de
conservar la serenidad en el juicio,
la imparcialidad en el examen y la
lógica en el razonamiento, jamás se
nos hubiera atribuido ni la más re-
mota intervención en los atentados,
en el terrorismo, en esos gestos es-
porádicos que están en pugna con
nuestra manera de sentir y de pen-
sar.

Pero, a pesar de que resulta poco
noble lanzar diatribas, acusaciones y
calumnias contra unos hombres que
no pueden defenderse, no espera-
mos que sea rectificado el procedi-
miento que con nosotros se ha se-
guido.

Lo que queremos evitar

Es muy posible que al tratar de
desvanecer las especies insidiosas
que de una manera interesada se ha
vertido contra nosotros—dado que
todos llevamos largos meses en la
cárcel, y que a la mayoría se nos
ha encartado en procesos por aten-
tados—, es posible, decimos, que
alguien tome nuestra protesta y nues-
tra execración contra ellos por co-
bardía. Pero quienes nos conozcan
no podrán pensar, puesto que, des-
de hace más de año y medio, decla-
ramos lo mismo todos los días.

Así que no clamamos comisera-
ción. No pretendemos ser liberta-
dos. Queremos, sencillamente, se-
guir haciendo, bien que ahora con
mayor publicidad, lo que hemos he-
cho sin cesar desde que nos dimos
cuenta de que el terrorismo, en vez
de ser un fenómeno fugaz—como
creíamos al principio—, tomaba alar-
mantes caracteres de cronicidad.
Deseamos evitar que senos siga con-
siderando copartícipes de una ac-
ción que nos inspira invencible re-
pugnancia.

Examinense nuestros actos y nues-
tras propagandas sin prejuicios ni
apasionamientos, y aparecerá claro,
como la luz meridiana, que siempre
se ha inspirado en nuestro amor a la
doliente humanidad, en nuestra ideal
concepción de la justicia, en nues-
tro acendrado culto a la libertad, y,
por encima de todo, nuestro profun-
do respeto a los valores que repre-
senta la personalidad humana, la vi-
da del hombre, que en el ideal de
nuestros amores hemos aprendido a
considerar sagrada.

Por eso condenamos abiertamen-
te, sin reservas mentales, el asesina-
to como método de lucha. Por eso
repugnamos a nuestra conciencia mo-
ral los hechos monstruosos, sang-
rientos, vituperables, que aquí, pe-
ríódicamente, se desarrollan.

La represión y el terrorismo

Además de las consideraciones
éticas—para nosotros las principales—
—existen, para abominar de los aten-
tados, razones de conveniencia.

¿No son los atentados el pretexto
que invocan los poderes para mante-
ner en secuestro la Constitución?

¿No es en su nombre, que se nos
mantiene a extramuros del derecho?

Es el terrorismo lo que justifica
actualmente el que permanezcan bo-
rrados aquellos derechos y aquellas
prerrogativas ciudadanas que se con-
signan en el Estatuto regulador de
la vida colectiva, sin cuya plenitud
solo los pueblos reputados inciviles,
solo aquellas agrupaciones retarda-
rias no impresionadas aún por las
tendencias que se agitan con tanta
fuerza en el seno de la sociedad mo-
derna pueden vivir y desenvolverse.

Las libertades y los derechos que,
teóricamente, garantizan las leyes
fundamentales del Estado, aún sien-
do de monta muy escasa, mengua-
dos, irrisorios, constituyen el princi-
pal blasón de un largo periodo de
inquietudes y deluchas cruentas con-
tra las más desenfrenadas tiranías.

Esas libertades fueron arrancadas
a pulso por el pueblo a los que que-
rían mantenerle unido al carro de
afrentosas servidumbres. El pueblo
supo regarlas con jugos de abne-
gación y de sacrificio.

¿No es por obra y gracia del ter-
rorismo que hoy ese mismo pueblo
es despojado de sus santos atribu-
tos, de esos atributos cuya conqui-
sta está sellada con la sangre de tan-
tos mártires?

¿No es en virtud del terrorismo,
que la más preciada de las conqui-
stas, la Libertad, aquel patrimonio
sagrado que los hombres dominados
por ansias generosas y justicieras
quieren ampliar y enriquecer más
cada día, lenta o precipitadamente,
según permitan o impongan las cir-
cunstancias, se pierde, naufraga,
nos va siendo arrebatado?

¿No es fundándola en los atenta-
dos que se mantiene la clausura de
los centros obreros?

¿No es invocando el terrorismo,
que han sido colocados fuera de la
ley los sindicatos y suspendidos sus
órganos de expresión en la Prensa?

¿No son los atentados los motivos
en que apoya el Gobierno las perse-
cuciones, el encarcelamiento de mi-
llares de trabajadores?

¿No cuestion, acaso, los atenta-
dos, lágrimas de sangre a la clase
obrera?

¿No han sido causa para ella de
dolores inenarrables y de tremendas
torturadoras angustias?

¿A quién conviene el terror?

En las condiciones que dejamos
apuntadas, resulta absurdo suponer
que los atentados convengan a los
trabajadores. ¿No es insensato ima-
ginar que se obtienen mantener una
situación caótica, un estado de co-

sas a todas luces insostenible, aque-
llos que de ese caos son las prime-
ras víctimas?

¿Cómo concebir que los síndi-
cos tengan interés en fomentar el ter-
ror, siendo así que el terror mantie-
ne la anomalía y que la anomalía
ha sido causa de que ellos perdie-
ran una parte del patrimonio mo-
ral conquistado durante años de in-
cesantes luchas?

¿No se diría que hay alguien inte-
resado en determinar imposible o en
retrasar cuanto se pueda el retorno
a la paz?

Se están produciendo hechos que
atarden y desconciertan, y cuyo
único fin visible es eternizar la si-
tuación presente. ¿A quién interesa
que esto sea así? No lo sabemos.
Pero desde luego afirmamos que a
los sindicatos que a los trabajado-
res, que a nosotros no. De ninguna
manera. Unos y otros estamos re-
alizando esfuerzos para romper el
círculo vicioso creado por el terro-
rismo y por la represión, determinán-
dose mutuamente.

¿Dónde se incuban esos hechos?
¿Quién los prepara? A pesar de
cuantos esfuerzos se han hecho para
descubrirlo, ello permanece en el
misterio. Y es que a despecho de
cuanto se ergotice, los atentados
son obra de solitarios, de descono-
cidos, de irresponsables, sin conec-
ción con nadie.

Si el terrorismo obedeciera a un
plan, a una organización, como se
afirma, hace ya tiempo que habría
sido descubierto. Pero la policía no
descubre, no puede descubrir nada,
sencillamente porque lo que ella
busca en realidad no existe.

Los inductores

Fracasados todos los intentos pa-
ra hallar la trama de esa supuesta
organización terrorista, apareció el
fantasma de las inducciones. Fué
creada la peregrina trama de los
inductores, que es algo así como
una edificación gigantesca cons-
truida sobre arena.

Y, a partir de aquél momento, a
pesar de que los ejecutores de los
atentados, en la inmensa mayoría
de los casos, permanecen como an-
tes ignorados, las cárceles se llenan
de supuestos inductores y de
supuestos autores. ¡Admirable sis-
tema!

Esa teoría sirvió al propio tie-
mpo para hurtar al público el sereno
examen de las verdaderas, quizá
las únicas causas determinantes de
esos fenómenos que, caprichosa-
mente o tal vez por ser mirados a
través de un prisma empañado por
torpes preconcepciones, se atribuyen a
sugestiones perversas que tampoco
podrán probarse, porque tampoco
existen. Y se habla en todos los to-
nos y desde todos los púlpitos de
los inductores. ¿Dónde están?

¿Quiénes son? ¿En qué casos, dón-
de, cuándo, cómo ha sido probada
su existencia?

Lo hemos dicho antes de ahora y
queremos repetirlo. No hay otras
inducciones que las ambientales.

La violencia se masca en el am-
biente, agudizada por la clandestini-
dad, impuesta por absurdas res-
tricciones, y esa clandestinidad
exacerba sus furiosos, favorece sus
desbordamientos.

Y tal se están poniendo las cosas,
alcanzan tales proporciones la con-
fusión y el desconcierto, que ya se
hace responsables a los sindicatos
y a nosotros, con ausencia absoluta
de motivos, de razones, de funda-
mientos, de cuantas hazañas realice
la delincuencia profesional.

Consideraciones

Los sindicatos no son guaridas
de criminales, no lo han sido nunca.
Si lo fueran, nosotros, que ya se-
nemos desarrollado el sentido de la
responsabilidad, habríamos roto con
ellos toda suerte de relaciones.

No somos asesinos. No somos in-
ductores de asesinos. Nuestra es-
trutura moral alcanza planos más
altos.

Acariciamos la idea de una pro-
funda transformación social que es-
tablezca en el mundo el Imperio del
Derecho y de la equidad. Somos re-
volucionarios. Marchamos en pos
de una era de felicidad, de bienes-
tar, de libertad que ha soñado
nuestra mente. Procuramos capacitar-
nos para una forma de convivencia
superior, en la que la fraternidad
sea el vínculo inrompible de los
hombres; en la que el amor, fecun-
do, eterno, inmortal poema de la
vida, sea la base de sus relaciones.

Tenemos un concepto elevado,
noble, civil de las contiendas socia-
les. Para nosotros, la revolución
no es una furia desgredada y esp-
antosa que mata por capricho, que
destruye por sistema. Es, como ha
dicho uno de nuestros pensadores,
una matrona simpática, de viril por-
te, que hace su aparición en las
grandes crisis de la historia para
elevar a los pueblos al imperio de la
justicia.

Somos sus más fervientes parti-
darios. No sabemos, no podemos, no
queremos negarlo.

Merced a la formidable revolución
del siglo XVIII, advino al poder la
burguesía en lucha contra el feuda-
lismo aristocrático. Nosotros pensa-
mos en otra de igual irresistible im-
pulso que realice la socialización de
la propiedad y de los instrumentos
de producción y de cambio, es decir,
que establezca la libertad real y
efectiva, basada en la igualdad de
condiciones y que emancipe al hom-
bre de todas las tutelas económicas
y políticas.

Desde lo infinitamente pequeño a
lo infinitamente grande, nada escapa
a la inmutable ley física de la
transformación. Por eso toda socie-
dad que nace lleva en si el germen
de otra nueva. Y es imposible rom-
per esa inñima concatenación.

Esse es nuestro pensamiento. Esse es nuestro ideal, y así como: nosotros.

Con esto queda dicho que para atribuirnos acciones perversas, ha sido necesario falsear nuestros sentimientos y nuestras concepciones. Ha sido necesario arrojar al charco la verdad.

Nosotros sabemos que ciertos gestos, necesarios y fatales en el fragor del combate decisivo entre un mundo decrepito que muere y otro que asoma radiante como un sol en el horizonte de los destinos humanos, son negativos y contraproducentes en las luchas episódicas. Pero se trata de presentarnos como seres deformes, incultos, con un concepto mezquino, bajo, despreciable, de las cosas.

Se ha dicho que odiamos a todos los que no trabajan en la fábrica o en el campo, en el taller o en la mina. ¿Cómo podíamos incurrir nosotros en semejante aberración? Consideramos tan obrero, tan productor, tan útil a la sociedad, al ingeniero como al albañil, al artista como al campesino, al hombre de ciencia como al bracer, y no negamos—porque sería absurdo y además indigno de nosotros—que un hijo de la sociedad capitalista pueda llevar en el cerebro una obra genial de arte o un invento portentoso.

Tan sólo presentándonos así podía atribuirnos la comisión de ciertos hechos, y la avilantez de aconsejar a otros lo que no somos capaces de realizar.

Todos los innovadores corrieron igual suerte a través de la historia. Los primitivos cristianos fueron acusados de infanticidas e incendiarios, pero el Cristianismo triunfó más rápidamente donde más había sido calumniado y combatido. Los alquimistas fueron calificados de brujos y de espíritus del mal, pero dieron al mundo las leyes fundamentales de la Química.

Galileo sufrió ultrajes y martirios al negar el dogma cuando sintió la Tierra moverse bajo sus pies; pero el mundo pronuncia hoy «E pur si muove».

Hoy se nos califica a nosotros de asesinos, de terroristas, de inductores; pero mañana el ideal de que somos exponentes convertirá la sociedad en una Arcadia feliz.

Intil que se trate de deshonrar nos a toda costa. Intil que se trate de envolvernos en una ola de cieno. A la luz de la verdad, nuestra rectitud, nuestra bondad, nuestra nobleza, seguirán flotando por encima de todas las pasiones y de todas las calumnias.

Resumiendo

Teníamos necesidad de decir esto para que quedara sentado que cuando se nos tacha sin la prueba más remota de asesinos, de terroristas, se comete con nosotros una tremenda injusticia.

Nos repugna el asesinato. No somos inductores de ningún crimen. Somos hombres que piensan en un porvenir mejor.

El terrorismo no es nuestra arma de combate. Por eso lo combatimos públicamente, teniendo conciencia plena de los peligros a que, al hacerlo nos exponemos.

El terrorismo es obra de los inominados, de los desconocidos. Tenemos el más firme convencimiento de que en su día quedará probado que ni contra los que están presos como supuestos autores o inductores de los atentados, ni contra los que en la calle son perseguidos, resultará otra cosa—más que en casos excepcionales—que lo que hayan querido atribuirles los que cuando no pueden descubrir inventan.

Y para terminar, afirmamos nuestra honrada convicción de que el terrorismo es ahora mantenido por la anormalidad y por la represión.

Poniendo en vigencia la Constitución, devolviendo su personalidad jurídica a las organizaciones, respetando las libertades y los derechos conquistados, los hombres ventilarían sus pechos de otra manera y desaparecería el terrorismo. Eusebio C. Carbó, R. Vidiella, Miguel Cabo, Vicente Bono, Enrique Salvi, José Piqueres, Diego Parra, Antonio Martín, José Badía y Domingo Torres.

Publicamos el presente manifiesto por creerlo de suma importancia

La Confederación Nacional del Trabajo y la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña

A LOS TRABAJADORES

Camaradas: Desde algún tiempo a esta parte se ha desatado contra el Comité de la C. N. del T. una campaña de insidias por parte de algunos individuos de la propia Confederación a veces, y otras por gentes totalmente apartadas del movimiento, recluidas en su torre de marfil, que salen a lanzar denuestos, a censurar, a dar patentes y a proponer enmiendas cuando su característica más absoluta es la ineficacia más completa y el apartamiento total en las horas de peligro.

Nosotros no hubiéramos contestado jamás a esta campaña, dejando que el tiempo y los acontecimientos se encargaran de evidenciar todas las cuestiones poniendo en claro nuestro proceder y la actuación de los demás. Pero la nota del Comité de la Comarcas de Guipuzcoa del 30 de Octubre, nos obliga a rectificar dejando por un momento nuestra labor revolucionaria para contestar claramente poniendo de manifiesto los fundamentos y los propósitos de los que levantan el grito de acusación y de rebeldía.

La cuestión del Comité Nacional

Sobre Barcelona ha caído la represión más bárbara que recuerda la historia de la lucha de clases. Nuestros compañeros han sido encarcelados, deportados, martirizados, asesinados... Y a pesar de estas torturas, a pesar de una persecución tan feroz los Comités no han dejado de funcionar nunca. Cuando uno ha caído, inmediatamente ha sido reemplazado por otro. Los militantes han dado pruebas de abnegación y de un valor heroico. Han pasado por encima de todos los peligros. No ha habido dificultad que pudiera arreararlos. Y entendiendo que el Comité Nacional era la bandera de toda la organización, los esfuerzos mayores eran consagrados al mantenimiento de este Comité. Pues bien, a pesar de los sacrificios de los que se ha dado prueba en todo momento y no obstante de que la perpetuación del Comité en el mismo lugar donde la ferocidad de los malvados se hacía sentir de un modo más implacable, una sección del Norte se erige en protesta de que el Comité resida en Barcelona y lo reclama para sí, aún sabiendo que la totalidad de la organización es partidaria de que el Comité no huya de Barcelona. Vulnerando los acuerdos del Congreso Nacional y queriendo imputar a la organización de Barcelona una desconfianza completa, se aprovecha de los momentos más difíciles para intentar el asalto. El último Pleno Nacional, al plantearse esta cuestión, por una mayoría enorme acordó que el Comité no saliera de Barcelona. A pesar de esta decisión rotunda, la sección del Norte se alza airada otra vez contra el Comité.

La cuestión de Moscú

Con motivo de la actuación de los delegados que la C. N. del T. mandó al Congreso de la Internacional Sindical Roja se emprendió contra la delegación una campaña furiosa. El Comité creyó que esta cuestión correspondía dilucidarla en una reunión del Pleno y a tal efecto fué convocada la organización la que en la asamblea plenaria del 14 y 15 de Agosto tomó el acuerdo de que toda decisión sería adoptada al regreso de la delegación.

Cuando el único delegado que pudo librarse del encarcelamiento llegó a España inmediatamente fué convocada otra reunión del Pleno Nacional según acuerdo tomado en la anterior. A esta reunión, celebrada en Barcelona los días 15 y 16 de Octubre, acudieron representantes de Cataluña, Levante, Castilla, Andalucía, Asturias, Norte y Aragón. Después de dictaminar que la reunión que nombró la delegación fué regular y una vez escuchado el informe de la delegación, el Pleno se pronunció por doce votos contra seis que para tomar una decisión firme respecto a la adhesión definitiva a la Internacional Sindical Roja, proceda que los sindicatos pudiesen informarse bien de las decisiones adoptadas en el Congreso Constitutivo de la I. S. R. y del alcance que tienen para la Confederación.

Ahora, la aludida sección del Norte se levanta también, a la vez que contra la residencia del Comité, contra esta decisión del Pleno al que, por otra parte, le niega facultad deliberativa.

«Traición a los principios!»

Se nos acusa—aquí ya no son solo los del Norte—de que hemos traicionado los principios de la Confederación y de que los Comités han sido asaltados por gentes faltadas de idealidad. Pero antes sepamos quiénes son los que formulan tales cargos. ¿Acaso no son aquellos mismos que se han destalonado los zapatos subiendo las escaleras de los centros oficiales? ¿No son los hombres del pacto con los reformistas de la Unión General, algunos de ellos? ¿No son los inspiradores de la Comisión Mixta? Hablan de asaltos de los Comités cuando ellos han huido cobardemente de la lucha, cuando son ellos los desertores que abandonaron los puestos del combate

en los momentos del peligro. ¿Censuras contra nosotros que hemostado y estamos dispuestos a seguir aguantando la formidable tormenta encadenada? ¿Culpables nosotros que no hemos arriado jamás la bandera roja de la Confederación? No, no. Culpables los que han huido donos solos, culpables los que ahora intentan, aprovechándose del caos general, impulsar la Confederación por rumbos de reformismos. Ellos de abandonar el sistema de violencia, de que no puede contarse al día siguiente de la Revolución la clase proletaria subyugue a la burguesía, de que hay que abandonar la lucha de clases para gersse exclusivamente a una labor de difusión doctrinal... Los que censuran al Comité Nacional son aquellos que necesitan hacer nuevas declaraciones de principios para borrar sus oscuras actuaciones ayer. Por obra de ellos la C. N. del T. ha entrado por veredas que llevado a las actuales situaciones que aún pretenden complicar con festaciones de moderación y de reformismo y con la crítica de actuaciones cuando lo único criticable son sus errores de ayer y su proceder presente.

Pero la C. N. del T. no vacilará un momento. Sus principios, su su historia, su táctica no serán abandonados jamás. Lucha de clases cable e idealización de la doctrina de la violencia colectiva: he ahí el no que ha seguido y el que no dejará aún cuando la represión bu arreciara más y apesar de los intentos de los que bajo una palabrería ocultian los deseos de mitigar la dureza de la lucha.

La amenaza de

Se intenta hacer que la Confederación sea una agrupación de se quiere que únicamente sean los anarquistas los que tengan cabida de ella. Se pregona la necesidad de deslindar campos, se quiere me Confederación, en fin. La C. N. del T. no puede ser un agrupamiento tico sea cual fuere la escuela. Ha de ser sí el gran bloque de toda la obrera revolucionaria. Las diferentes matizaciones ideológicas son limitaciones sobre los problemas post-revolucionarios y no pueden ser motivos para la exclusión. Por encima de todas estas diferenciaciones triales está el supremo interés de la clase y la convivencia de alianzas, sindicalistas revolucionarios y comunistas es posible dentro de la deración del mismo modo que ocurre en los C. S. R. de Francia y Unión Sindical Italiana. La Confederación agrupa los sindicatos estos al admitir un miembro no inquierentes de él cuales son sus ideas cas, sino que basta saber que es un explotado. Es el interés de que uno.

Ponemos en guardia a todos los trabajadores contra la tendencia nista que va marcándose y contra el espíritu sectario de los que prela «deslindar campos», esto es, apartar de la Confederación las masas que no posean una determinada concepción política o filosófica. Para seguir lo que sería el suicidio de nuestra organización esgrimen la am de una escisión de fuerzas. Si llegarán a consumarla, ¡cálga sobre toda la responsabilidad de tan grave falta! Una torpeza tal podrá entrar descoyuntamiento del proletariado español. Y cuando en momentos graves como el presente se habla de dividir las fuerzas por meros capos individuales en los que juegan preponderantemente los personalismos, más monstruoso de los crímenes.

Nosotros cumplimos con nuestro deber dando la voz de alarma a el proletariado español precaviéndole contra manejos y predicaciones funestas.

Por una vez hemos dejado nuestra verdadera labor para descender denunciar intenciones equivocadas, pero conste que en lo sucesivo, pe quien pese nuestra actuación revolucionaria no tendrá intermitencias ninguna especie.

¡Viva la Revolución mundial!
¡Viva la C. N. del T. de España!
Barcelona 11 de Noviembre, de 1921.
Por la C. N. del T. de España, EL COMITÉ.—Por la C. R. del T. de Cataluña, EL COMITÉ.

ANTE EL MOMENTO

Digamos la verdad

—«Por qué no escribes algo para nuestros periódicos?»—me dicen varios amigos.—«Por qué ese tan prolongado silencio, muchacho?»—me escriben muchos camaradas.

Son tantas las causas que podrían justificarme, sino ante las ideas, por lo menos ante los hombres, que por lo poderosísimas que ellas son, me concreto solamente a hacerlo constar.

Por otra parte, debo advertir a mis amigos y camaradas que, a veces, los silencios temporales, son necesarios para dedicarlos al estudio de todos aquellos conocimientos indispensables para el desenvolvimiento social.

Yo, en estos últimos tiempos, he presenciado los acontecimientos más culminantes de la historia del proletariado; he repasado los anales de la historia desde mucho antes de los tiempos de Grecia, y me fué imposible hallar períodos análogos al que venimos sufriendo desde hace tres años. Indudablemente es este el período de la Decadencia!

Dijérase que nos hallamos el tiempo de los mitos olímpicos en aquella edad de la infancia del mundo, en que se creía que los dioses reinaban; en que la superstición inventó los dioses antropomorfismos le dió vida y la estupidez los fingió reyes en aquella edad en que se creía que el dios de la Biblia reinaba sobre un pueblo escogido, que blaba a sus caudillos, legión entre los truenos de Sinaí, tenía el Sol y aparecía sin que marse como una salamandra entre las zarzas encendidas monte Horeb.

Hoy, como entonces, se ven las cabezas inclinarse como fueran altos árboles de la selva que se doblan bajo las alas del viento. Hay no sé qué extrañeza en los caracteres, un rebajamiento moral, que subyace a un debilitamiento en las conciencias, que espantosos desmayos de valor. La enfermedad del siglo, el sórdido interés, ha invadido las sociedades. La edad medad reinante es la cobardía

La C. N. del T. y la Internacional Sindical Roja

CONTRA UNA DESVIACIÓN REFORMISTA

En torno de la polémica suscitada con motivo de la actuación de la delegación sindicalista española en Moscú y de la adhesión de la C. N. del T. a la Internacional Sindical Roja se ha empezado a matizar una corriente reformista que si bien no es de un peligro inminente, podría; si no fuera descubierta, entrenar las masas obreras por el camino de la ineficacia revolucionaria más absoluta.

Aparte de resabios de doctrinas carentes de fundamentación lógica, inspiradas solamente por las concepciones abstractas de la Justicia, el Derecho y otras palabras del ideario del liberalismo burgués, existe como principal causa propulsora de esa tendencia reformista el cansancio y el escepticismo que se han apoderado de una parte del movimiento obrero a raíz de la tremenda represión que venimos padeciendo.

Se da entre nosotros un fenómeno idéntico al que se produjo en Rusia después de los desastres que siguieron a la Revolución de 1905. Una ola de pesimismo y decepción lo invadió todo. Surgió una literatura que se dedicaba a exaltar el individualismo, el apartamiento de las masas, el ahogamiento de las inquietudes en el alcohol, en el arte, etc. Las masas obreras, atacadas de este escepticismo que roía casi todos los medios revolucionarios, entraron en la inacción más completa. Sólo algunos pequeños núcleos de refugiados en el extranjero pudieron librarse de la invasión de esta plaga. Preciso fué un acontecimiento como la guerra para que el proletariado ruso pudiese reaccionar entrando de nuevo por los caminos de la acción violenta y del asalto impetuoso.

En España, nuestro movimiento emprendió una marcha errónea, la que una vez empezada ha sido imposible contener. La sistematización de la acción individual, es decir, el triunfo del individualismo en la táctica, nos ha llevado a la situación deplorable en que nos encontramos ahora. Sólo hay una táctica revolucionaria que no ha fracasado nunca: la acción de masas. Una actuación de masas aunque experimente alguna derrota, el espíritu vivificador de las multitudes se sobrepone en seguida y la moral del desastre no aparece jamás. Lo tremendo es cuando un ejército es derrotado sin tomar parte en el combate. Y eso precisamente es lo que ha sucedido con la sistematización de la acción individual. Como consecuencia inmediata, la represión más feroz ha caído sobre el sindicalismo. Las masas, faltando los mejores militantes se han retraído, contribuyendo también a esta retirada la actual crisis económica.

Las cárceles están llenas de compañeros. Los mártires experimentados han sido formidables. La prensa burguesa ha esparcido sobre el sindicalismo las más inmundas e imponderables calumnias. Y ante esto ha empezado a cundir el desaliento, haciendo presa el escepticismo en algunos sectores.

Las manifestaciones de este cansancio surgen de tanto en tanto, dibujándose como resultado inmediato de la decepción sufrida, una corriente de reformismo puro. Así un periódico como «Nueva Senda» pone al pie de un manifiesto de los presos gubernativos de Valencia el siguiente comentario que ni el propio Jouhaux, ni Largo Caballero se atreverían a firmar:

«Los obreros, los que piensan en una sociedad más humana y más justa, no pueden ser partidarios de la violencia como táctica de lucha, y como sistema sería impropio de hombres progresivos y amantes de la igualdad social».

Esta manifestación repudiando el empleo de la violencia cuando es el nervio de la actuación proletaria y sobre la cual descansa la fundamentación del sindicalismo revolucionario, tendría más que un valor episódico si no fuera más que el sentir de un militante cansado de la lucha y conquistado por las ideas del anarquismo tolstoyano. Pero se trata ya de una concepción que hace prosélitos entre la multitud de los que se han dejado embargar por la fatiga. Se oyen manifestaciones de abandonar las tácticas de violencia de clase para dedicarse como procedimiento para provocar el hundimiento del capitalismo, exclusivamente a una labor de educación y difusión doctrinal para que las generaciones venideras, de un modo persuasivo logren desposeer a la burguesía de sus privilegios, implantando entonces una nueva sociedad. Esta idea infantil que abandona la lucha de hoy para esperar la transformación social por medio de una evolución larga, es declaradamente antirrevolucionaria, es la aceptación descarada del reformismo más abyecto.

Urge obrar rápidamente para evitar que en los actuales momentos de vacilación las masas pudieran incurrir en una equivocación tan enorme. El reformismo, jamás; la idea de Revolución ha de prevalecer por encima de todos los fatigados y de todos los equivocados. La extensión de esa tendencia sería funestísima. El azote mayor que es dable concebir se apoderaría de la conciencia de la clase obrera inutilizándole para una labor de esfuerzos persistentes. Tras de esa ideología de cansancio viene todo el cortejo del reformismo de la Internacional Anarrolla de Amsterdam.

El principio de la violencia ha dado alma al sindicalismo revolucionario. Abdicar de ella, posponerla, predicar el empleo de cataplasmas evolucionistas para curar la grave dolencia social sería ahogar para siempre toda posibilidad revolucionaria. Todas las influencias de los Jouhaux y los Oudegeest se adivinan en esos propósitos. ¡Alto ahí! La lucha de clases no puede ser abandonada. Quienquiera que preconice abyección tal está definitivamente perdido para la causa revolucionaria.

Ahora más que nunca, cuando el régimen capitalista se convulsiona buscando apoyos para evitar su inevitable hundimiento, es cuando las masas proletarias han de demostrar un mayor tesón, una decisión más irrevocable. El retroceso proletario, replegándose para situarse en los campamentos de la paz social, abandonando la lucha fuerte, la verdadera lucha de clases, sería la consagración de una esclavitud perpetua. Una clase no depone su poder voluntariamente. Preciso es para despojarle de sus prerrogativas el esfuerzo violento de toda la clase que está en pugna con ella.

JOAQUÍN MAURÍN.

Paris, noviembre.

más el silencio; no se puede, ni se debe callar, porque eso sería tanto como hacerse cómplices de esa escuela de amanerados. No callaremos porque amamos la Verdad con amor de artistas.

Quienes han pasado y pasan toda una vida de luchas y persecuciones, no teniendo muchas veces un rincón en donde guardarse por no querer jamás adular a los poderosos, no pueden callar en esta hora que debe ser caliginosa de combate.

¡Abajo, pues, los silencios internacionales del momento, y no aceptemos más que los silencios definitivos de la muerte!

A interrumpir el himno con la carcajada, la hipérbole con la realidad, hacer luz sobre los ídolos grotescos, desgarrarles el inmundo manto para que se vea la llaga de sus cuerpos, reír de los dioses en presencia de los creyentes y hacer palidecer a los déspotas, lanzándoles las verdades con rumor de tempestad sobre la frente, romper las momias y desterrar los dioses, ahogar el último ídolo en los brazos del último creyente.

¡Hacer luz, tanta luz en la conciencia humana, que mañana, cuando amanezca, se hayan visto desaparecer para siempre en el fúlgido horizonte la sombra del último tirano tras la huella del último lacayo!

¡No callemos ante el momento, no! ¡Digamos la Verdad!

DAVID DIAZ

Belmez, Nobiembre, 1921.

Refutando

Aparece en REDENCIÓN de 8 del presente mes, un artículo firmado por Mario del Rosal el cual parece ser quiera terminar con el *confusionismo* que existe según él, en el campo ideológico Anarquista.

Seguramente, que al haber hecho un estudio más profundo de estas discrepancias, de resultados de la cual viene el confusionismo, hubiese observado, que no parte desde después de la evolución económica y política que a ella en lontananza aparece, sino, que anteponiendo los antagonismos personales a las ideas, ha venido si, el desacuerdo y la desorientación en aquellos que solo simpatizan con el ideal.

Todos los anarquistas, hemos dicho y decimos, que iremos—como hemos ido—a ayudar con nuestro esfuerzo muscular e intelectual a todas cuantas revoluciones se produzcan, y mancomunamos nuestras energías para que ésta sea la más perfecta posible dentro de nuestras concepciones filosóficas.

En esto que podríamos llamar el punto más primordial, estamos todos de acuerdo, pues nosotros no vaticinamos el futuro.

Nuestros esfuerzos, irán encaminados a llevar esta revolución lo más lejos posible, y a humanizarla ya que por causa de los odios acumulados en la masa del pueblo, los efectos serán sangrientos, pero nuestro puesto está dentro de la masa incubada, para que sienta ansias de libertad, y estimularla con el ejemplo, a que se perfeccione para que su vida sea más risueña y tenga más atractivos, enseñándole a cultivar las libertades que con su esfuerzo y el nuestro ha de conseguir necesariamente.

Hoy hacemos esto; nos introducimos en organizaciones malsanas, y debido a nuestra constancia y esfuerzos realizados se van perfeccionando, apartándose de todo lo que

le es nocivo, moralizando sus movimientos con miras al mañana.

En esto no discrepamos los anarquistas, salvo una minoría individualista que no quiere roce con éstos organismos.

En cuestión científica y filosófica, tampoco es posible la discrepancia en los anarquistas, pues la Anarquía es una concepción filósofo-científica, es la quinta esencia de la sabiduría humana y el que es anarquista lo es por que ha hecho un minucioso estudio de estas concepciones naturales, de las cuales se compone el ideal Acrata.

Afirmo, pues, que no son puntos de discrepancia el papel *histórico* que los anarquistas, han de desempeñar en la revolución y en la post-revolución, pues todos estamos de acuerdo en combatir a todo partido, que alegando ignorancia en el pueblo, quiera encargarse de la dirección para ejercer la dictadura de un partido contra todo un pueblo, y que basándose en la incultura, proclame la *necesidad de un Estado, de una mano de hierro que imponga la cultura* y hacer así efectivo el aforismo de que *la letra con sangre entra*.

Contra estos, contra los que no habiendo estudiado—o no les convenga estudiarla—la psicología de los pueblos, quieran usar de los mismos procedimientos en España que en Rusia, en Rusia que en América, sin tener en cuenta ni el estado climatológico ni la posición geográfica que cada pueblo ocupa en el Planeta, y sin embargo preconizan lo que ha de suceder mañana ejerciendo de profetas.

Amigo Mario; poco es en verdad lo que dice en favor nuestro ni de la concepción más bella del universo, el calificar de *salmonetes poseídos de piel de Zorra y de Besugo*, a los llamados simpatizantes, pues no creo que por estas y otras frases duras, han de definirse más pronto ni han de resultar por ello más Anarquistas.

Aquellos simpatizantes que no se hayan definido, será por que todavía no tendrán conciencia exacta del ideal, o porque plagados de defectos, no querrán llamarse anarquistas por el temor de que sus actos no respondan como a tales.

A no ser, amigo Mario, que la Anarquía sea un espeso monte que cubra los defectos, los atavismos que veinte siglos de fanatismo religioso nos ha dejado en más o menos escala a cada uno.

Una es llamarse Anarquista y otra ser serlo.

Sé que hay simpatizante, que son muchos los años que propaga las ideas, que es un elemento eficaz y positivo, dentro de los organismos que nosotros creamos como ensayo, y en momentos difíciles en los cuales se necesita su definición, adopta esta postura que podemos llamar cómoda, pero esta postura, no nos da derecho a llamarles besugos ni nada que pueda molestarles ya que Anarquistas somos.

Como tú, yo soy partidario de la celebración de un Congreso Anarquista para tomar acuerdos y definir actitudes.

MANUEL GIMENEZ.

Cárcel de Valencia, Octubre 1921.

Advertimos a los compañeros que nos demandan el libro «Poesías» de Román Cortés, que estamos editándolo ahora. Lo enviaremos tan pronto nos sea posible.

